

## LA RAZÓN Y LAS PASIONES

Séneca dijo una vez: “Tengo bien presente que el hombre es un compuesto de dos partes, una de las cuales es irracional, y ésta siente las mordeduras, las llamas, el dolor; la otra es racional, es incommovible en sus convicciones, intrépida, indomable”.

Adjudicamos a las pasiones el término de irracionales. Las consideramos como puros sentimientos que nos condicionan constantemente. Condicionan nuestras ideas políticas, nuestra vida en pareja, nuestros estudios, nuestro trabajo. Lo que no tenemos tan claro es que pudiésemos vivir sin ellas. ¿Puede existir razón sin sentimientos?

En primer lugar, tenemos que tener claro el concepto de razón y de pasiones. La razón es la característica fundamental de los seres humanos. Para filósofos como Descartes, nosotros somos mente, existimos gracias a nuestra razón, a nuestro pensamiento. En ella se presentan ideas claras y distintas que nos permiten reflexionar sobre lo que se debe o no se debe hacer. El problema aparece cuando llegan las pasiones, ese movimiento impetuoso del alma que controla y domina nuestra razón. ¿De dónde aparecen esas pasiones? ¿Por qué guían nuestros actos?

Autores como Spinoza han afirmado que existen tres pasiones claves en la vida, y que de éstas derivan todas las demás emociones: el deseo, la alegría y la tristeza. No podemos dejarnos llevar por ninguna de estas tres. Tal y como diría Aristóteles, tenemos que encontrar un término medio entre pasión y razón. Podemos enfadarnos “pero enfadarse con la persona adecuada, en el grado exacto, en el momento oportuno, con el propósito justo y del modo correcto, eso, ciertamente no resulta tan sencillo.”

Desde la Antigua Grecia se ha intentado que los sentimientos fuesen gobernados por la razón. Se ha intentado con la ética gobernar nuestras emociones. Según Platón las personas son diferentes de por sí y cada uno presenta dispares virtudes; esas virtudes van a definirnos. Las tenemos que utilizar de manera correcta para poder alcanzar la excelencia, para que sea la razón la que nos gobierne y no nuestros sentimientos. Pese a esto, como ya he dicho, es muy difícil dejar de lado todas nuestras emociones, especialmente, las que son negativas. Al final nos vemos corrompidos, nos cuesta hablar de la ética porque siempre se ve afectada por la pasión. Nuestras pasiones son más fuertes que la ética. Esto deriva en dos tipos de personas: las que no se resignan y quieren ser racionales (en el sentido de no dejar influenciar sus ideas por las pasiones) y las que dejan libre su alma, sin ataduras, viviendo las cosas según cómo se presenten. Tan negativo es lo uno como lo otro. Nosotros tenemos que crearnos a nosotros

mismos, pudiendo distinguir entre lo que está bien y lo que está mal. Para eso necesitamos la educación sentimental.

Desde nuestra infancia la sociedad se encarga de educar y alimentar nuestros sentimientos. Sabemos perfectamente qué es lo que nos tiene que emocionar y cómo reaccionar ante esa emoción. Nuestros sentimientos se ven condicionados por la cultura, y estos a su vez influyen en nuestra razón. Nos educan hacia una vida de pasiones. Sin embargo, constantemente estamos luchando para ser racionales, para no dejarnos llevar. Es por eso que tenemos que educar nuestros sentimientos. Platón decía que educar significa sacar algo que ya está en nosotros. Por eso, tenemos que “sacar” al exterior nuestra razón que ha quedado sepultada por las pasiones a las que estamos sometidos. Personalmente, considero que la manera correcta de educar nuestros sentimientos no es rechazándolos o intentando deshacernos de ellos sino, simplemente, aprendiendo a controlarlos. Las pasiones son armas de doble filo, son herramientas que nos van a permitir empatizar con la gente y crear nuestra propia personalidad, pese a ello, pueden destruirnos. Tenemos que controlarlas. Tenemos que volvernos economistas de las emociones y gestionarlas. ¿Cómo?, utilizando nuestras virtudes más destacadas: la prudencia y la templanza. No podemos dar pasos en falso, sino estar seguros y tranquilos, utilizando la idea del término medio o el Método cartesiano. Típicamente se dice, y no sobra razón, que antes de actuar debemos pensar. Tenemos que analizar los problemas en las naturalezas más simples, para que al reorganizar sus componentes podamos llegar a comprender, con la finalidad de que nuestras elecciones sean las correctas.

Todo esto nos hace ver que la razón siempre se ve afectada por los sentimientos ¿y si no es así? ¿Y si tenemos que agradecer a nuestros sentimientos la existencia de la razón? El filósofo David Hume afirmaba que no hay nada que conozcamos verdadero, y menos a nosotros mismos o a nuestro propio yo. Para Hume todo se basaba en las impresiones que procedían del exterior. Esas impresiones creaban una serie de percepciones que se reflejaban en nuestra mente y constituían nuestra razón. Nuestras impresiones no son más que sentimientos y por tanto, la razón que creemos tener es una mera extensión de nuestros sentimientos. En resumen, el único conocimiento que nosotros poseemos es un conocimiento sentimental. Por mucho que lo intentemos, todos nuestros análisis y nuestras deducciones se basan en emociones. No desligamos los sentimientos del pensamiento. Y entonces, ¿cómo volvernos más racionales si nuestra razón es de por sí sentimental?

Es algo tan básico como decir que sin sentimientos no hay razón. En el fondo este concepto no está tan alejado de nosotros. Nuestra ética, nuestra religión y nuestra política se basan en los sentimientos, pese a que anhelamos que no sean éstos los que dominen nuestra razón. Nosotros consideramos las cosas buenas o malas a favor de las impresiones que generen en nosotros: “Nosotros no inventamos, queremos, apetecemos ni deseamos algo porque lo juzguemos bueno sino que, al contrario, juzgamos que algo es bueno porque lo intentamos, queremos, apetecemos y deseamos”. Yo creo en Dios por miedo a que no haya nada más allá de ésta vida, ¿y el miedo no es acaso una emoción que deriva de la tristeza? Creo por sentimientos, juzgo por sentimientos. Considero que mis verdades son moralmente mejores que las de los demás porque así lo he aprendido. Para ser yo necesito las pasiones, para tener personalidad. El problema viene cuando nos damos cuenta de que en realidad no somos nosotros, somos pasiones y por mucho que intentemos educarnos no lo podemos corregir.

La ciencia dice que yo llego a ser feliz por un proceso en el que emito una hormona llamada serotonina. La ciencia intenta darme un punto de vista racional sobre los sentimientos, sin embargo, no lo consigue. ¿Por qué emitimos la serotonina? Porque hay una serie de cosas que ocurren a alrededor que me provocan el sentir y desde ahí desencadenan todos los procesos químicos posteriores. De nuevo vuelvo a mi educación, he sido educado para que determinados sucesos me hagan feliz. Hay personas que son felices cuando encuentran una pareja que les comprende y otros lo son cuando sacan un diez en un examen.

Tomamos la razón y la pasión como conceptos opuestos, como el yin y el yang ¿y cómo distinguir si uno es bueno y otro malo? No podemos, se necesitan mutuamente. Nunca vamos a poder ser completamente objetivos, yo estoy escribiendo este ensayo y no puedo parar de ser subjetiva, no puedo dejar de sentir. Esa es una enfermedad tan grave como el no parar de pensar. No somos capaces de darles un respiro a nuestros sentimientos ni a nuestros pensamientos, nos convertimos en ellos. Nuestra razón está ligada a la pasión.

Para finalizar, y respondiendo a la pregunta inicial, diré que no es posible la existencia de una razón que no se apoye en los sentimientos.

Fontenelle dijo “Las pasiones son como los vientos, que son necesarios para dar movimiento a todo, aunque a menudo sean causa de huracanes” Por supuesto que tenemos que intentar controlar las pasiones, puesto que nada ni nadie debe dominarnos, pero tampoco debemos olvidar que ellas son las que nos hacen ser únicos. El mundo es

una pasión y nosotros tenemos que aprender a controlarlo. Tenemos un lado racional, usémoslo, pero no nos olvidemos que nos hacemos gracias a cómo entendemos el mundo. Somos comunistas, anarquistas y fascistas por las pasiones que han surgido en el mundo. Tenemos la historia que nos muestra cómo hemos sido víctimas de grandes pasiones, tenemos millones de muertos y guerras que continúan por diferentes ideologías. Ideologías que no son otra cosa que sentimientos, pasiones. Debemos educarlas, pero nunca dejarlas atrás puesto que estas pasiones son la fuente de nuestra vida.

Ángela Martínez, 2º Bachillerato B